

Pedro Mañas

Apestoso tío Muffin

Ilustraciones de
V́ctor Rivas



XV PREMIO ANAYA
DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Pedro Mañas

Apestoso tío Muffin

Ilustraciones de Víctor Rivas



XV PREMIO ANAYA
DE LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL

ANAYA

© Del texto: Pedro Mañas, 2018
© De las ilustraciones: Víctor Rivas, 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición, abril 2018

ISBN: 978-84-698-3601-9
Depósito legal: M-2598-2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

| | |
|------------------------------------|-----|
| Prólogo | 11 |
| 1. Un ombligo en el estofado | 17 |
| 2. ¡Cuidadito! | 23 |
| 3. Emma | 32 |
| 4. El bañerófono | 41 |
| 5. La primera batalla | 50 |
| 6. Achís | 61 |
| 7. Dos gotas de Frescor Azul | 72 |
| 8. Limones salvajes | 82 |
| 9. Aliadas | 93 |
| 10. Caldo de pollo | 104 |
| 11. La montaña rusa | 114 |
| 12. Fiesta y centrifugado | 124 |
| 13. Teteras salvajes | 134 |

Para Acher, mi microbio favorito,
que espero que crezca libre de miedos.

Prólogo

CUANDO YO TENÍA tu edad, y vivía en una gran casa rodeado de personas mayores, me cansé de escuchar durante años las cosas horribles que les suceden a los niños que no son lo bastante aseados:

«Si no te lavas el pelo, criarás piojos».

«Si no te lavas los dientes, tendrás caries».

«Si no te lavas las manos, te saldrán lombrices».

«Si no te lavas el ombligo se convertirá en un huevo de escarabajo».

Los piojos, las caries o las lombrices no me hacían ninguna gracia. Por eso, durante mucho tiempo, no dejé pasar un solo día sin enjabonarme el pelo, cepillarme los dientes y frotarme las manos antes de cada comida. En cambio, me hice la promesa de no lavarme jamás el ombligo. Aunque se volvió negro como una mora, nunca vi salir de allí a mi escarabajo. Quizá

escapó a medianoche. Los escarabajos son estupendos.

Seguramente has escuchado a las personas mayores decir cosas parecidas. Seguramente hasta te las hayan dicho a ti. A los adultos les encanta repetir las terribles consecuencias a las que se enfrentan los niños desobedientes. Se divierten como locos charlando de esos asuntos. Y mientras te hablan del monstruo que vive en tu armario o del hombre del saco con esa voz tan seria, por dentro se están muriendo de risa.

Sin embargo, hay cosas que los adultos se han callado. Cosas de la mayor gravedad que nos han sido ocultadas durante años. Estoy seguro, por ejemplo, de que nadie hasta ahora te ha mencionado las espantosas consecuencias que tiene el abusar demasiado de la limpieza. Te contaré un par de historias aterradoras.

En 1958, vivía en la ciudad de Boston un niño llamado Thomas Parkinson. Thomas presumía de tener las orejas más limpias de todo el estado de Massachusetts, y se las lavaba varias veces al día bajo un grifo de agua helada. Sus padres no cabían en sí de orgullo cuando veían las orejas de su Tom brillar camino del colegio.

Un día de primavera, Tom acudió al viejo barbero del barrio para que le cortase el pelo.

Mientras el chico se concentraba en el *chak-chak* de las tijeras que sobrevolaban su cabeza, el anciano descubrió algo muy curioso:

—¿Pero qué demonios te has metido ahí, hijo?

Tom se miró en el espejo. Por cada una de sus relucientes orejas asomaba algo sumamente extraño: una diminuta y jugosa flor roja. A fuerza de riego y entusiasmo, en lo más profundo de sus oídos, habían germinado dos pequeñas petunias que se abrían paso hacia arriba en busca de luz. Afortunadamente, la cosa no tuvo mayor importancia, y antes de que la cabeza de Thomas se convirtiese en un elegante jarrón, las petunias fueron adecuadamente trasplantadas a una maceta. El caso es que Tom aún sigue cambiándose de acera cada vez que tiene que pasar frente a una floristería.

Heidi Schulz no tuvo tanta suerte. En 1971, Heidi podía presumir de tener la cabellera rubia más bonita de toda Baviera. «¡Queremos tu melena!», le gritaban sus amigas de la escuela como indios comanches. Pero Heidi pensaba que su pelo debía brillar aún más, así que se dedicó a husmear en un montón de revistas de belleza hasta que encontró una receta que parecía lo bastante disparatada como para funcionar. «Su cabello, más brillante y sedoso que

nunca», aseguraba la revista. Siguiendo sus instrucciones, Heidi mezcló en un frasco el zumo de siete ortigas, medio litro de vinagre, dos aspirinas y un chorro de mostaza. Luego se empapó el pelo con la mezcla y se fue a acostar con la cabeza llena de preciosos sueños y grumos pringosos.

La receta funcionó a la perfección. Cuando Heidi se levantó a la mañana siguiente, su cabellera estaba más brillante y sedosa que nunca... desparramada a mechones sobre la almohada. Hoy en día, Heidi ya es una mujer mayor, pero sigue tan calva como un huevo duro.

Conozco un caso aún más terrible. Le ocurrió a mi anciana tía Flérida. Flérida era una mujer encantadora a la que le gustaba llamarme «sucio mocoso que huele a pies». Lo cierto es que era muy aseada. Por más que se bañaba y se bañaba, nunca se encontraba lo suficientemente limpia. Sus baños duraban tres o cuatro horas, y siempre los hacía con agua mineral con gas. Ni siquiera le bastaba con las esponjas normales.

—¡Quiero la esponja más áspera que tengan! —gritó un día en la tienda del pueblo.

Le dieron la esponja de crin más tiesa y áspera que pudieron encontrar, un auténtico trozo de adoquín seco. Flérida se frotó con ella

durante meses, sin darse cuenta de que, después de cada baño, su cuerpo se iba haciendo un poco más pequeño. Lentamente, la terrorífica esponja estaba carcomiendo su limpia y blanquísima piel.

—Te encuentro realmente en los huesos, tía Flérida.

—Tonterías. Es la limpieza, que me realza la figura.

La anciana fue haciéndose más y más pequeña hasta que una mañana, durante su baño diario, desapareció para siempre. Tal vez se desgastó por completo o tal vez el desagüe acabó por tragársela. El caso es que todo lo que encontramos de mi querida tía Flérida fue su gorro rosa de baño y la famosa esponja flotando sin rumbo en la bañera. Mentiría si dijese que me sentí horriblemente apenado.

Podría contarte muchas más cosas sobre los peligros de ser demasiado limpio, pero creo que con esto será suficiente. Apuesto a que, a partir de ahora, te lo pensarás dos veces antes de pasarte horas encerrado en el cuarto de baño. No es necesario que incubes un escarabajo en el ombligo... Pero ¡ten cuidado!

Si no lo haces, podría llegar a pasarte lo mismo que a Mr. Muffin. Su historia es una de las más extrañas que jamás escucharás. Es una

historia repleta de experimentos peligrosos, gigantescas lavadoras, bañeras parlantes y gatos que cambian de color. Pero, sobre todo, de porquería. Te lo advierto. De mucha, mucha, mucha porquería.

Así que cuidado con mancharte.

1. Un ombligo en el estofado

POSIBLEMENTE HAS OÍDO cientos de veces que los imanes atraen el hierro, la miel atrae a las moscas, y los hechiceros atraen la lluvia disfrazados como fantoches.

Mr. Montgomery Muffin atraía la porquería.

No es broma. Mr. Muffin era algo así como un aspirador humano. Por donde quiera que pasase, la mugre salía disparada hacia él como si tuviera misteriosas propiedades magnéticas.

Tal vez estés pensando que Mr. Muffin era por ello el hombre más sucio del mundo. No. Claro que no. Absolutamente no. ¡No, no, no! Por extraño que pueda parecer, Mr. Muffin era en realidad la persona más limpia y aseada que he conocido jamás.

Hay gente que cuece huevos para el desayuno. Mr. Muffin era tan limpio que prefería cocerse a sí mismo. Cada mañana llenaba su

anticuada bañera con litros y litros de agua hirviente y burbujeante y desayunaba allí dentro, mientras su ombligo iba reblandeciéndose lentamente como un guisante en el estofado. El café y las tostadas navegaban a la deriva sobre una bandeja flotante.

A continuación, Mr. Muffin se cepillaba los dientes uno a uno, recortaba con esmero las uñas de sus pies, se cepillaba el bigote y, por último, sumergía la cabeza en un cubo de colonia con cuatro gotas de lejía.

Luego, se internaba en las calles inundadas de niebla, rumbo al trabajo.

Mr. Muffin trabajaba en un diminuto despacho, en la segunda planta de una gran fábrica a las afueras de la ciudad. Y te contaré una cosa curiosa: aquella enorme factoría de ladrillo rojo se dedicaba precisamente a la fabricación y venta de productos de limpieza. Es decir, que cada día, cientos de informes y balances sobre jabones perfumados para el cutis, lavavajillas concentrados y detergentes para manchas difíciles pasaban por las manos del único hombre del mundo capaz de atraer la porquería con solo mirarla.

Pero Mr. Muffin no perdía ni un solo minuto de su trabajo pensando en cosas curiosas. Cada mañana, a las nueve en punto, extendía



los dedos sobre el teclado de su máquina de escribir y respiraba hondo. Uno hubiera jurado que estaba a punto de tocar la *Quinta Sinfonía* de Beethoven en su máquina oxidada.

Pero no. Las únicas notas que surgían de su máquina eran algo así como:

Chak-chak-chak-chak-chak-chak-chak-chak-chak-chak, ¡ñiiic!

Ese *¡ñiiic!* solo significaba que el rollo de tinta había vuelto a atascarse y que Mr. Muffin tenía que repararlo. Por lo demás, eso era lo más emocionante que había llegado a sucederle durante sus diecisiete años de trabajo. Pasaba el día revisando informes sobre jabones, lavavajillas y detergentes, y la verdad es que lo hacía estupendamente. Lo sabía todo sobre productos de limpieza.

Ocho horas más tarde, regresaba a casa y se desnudaba para tomar el segundo baño del día.

Y entonces ocurría.

Sus calcetines apestaban como dos salmónes rancios.

Sus uñas se habían vuelto negras como moras.

Un par de cucarachas muertas aparecían en sus bolsillos.

Espesas telarañas entre los dedos de los pies.

Pelusas monstruosas bajo el bigote.

Poco a poco, el agua del baño se iba volviendo oscura como la tinta, como si alguien hubiera cocido allí dentro a una familia de calamares.

A veces la suciedad traía consigo invitados aterradores. En cierta ocasión, bajo el sombrero de Mr. Muffin apareció una peluda rata negra que escapó chillando desagüe abajo.

¿De dónde salía toda aquella porquería?

Ni Mr. Muffin, ni yo, ni la rata hemos podido dar con una explicación satisfactoria a esta pregunta. Era un auténtico y oscuro misterio. Y, para Mr. Muffin, un auténtico, oscuro y deprimente misterio.

Y es que, como es natural, a nadie le gusta estar cerca de un hombre que huele a pescado podrido. Todo el mundo lo encuentra bastante repugnante.

Bien... no todo el mundo.

Había alguien para el que el olor de Mr. Muffin no resultaba repugnante en absoluto.

Ese «alguien» eran los gatos.

Los gatos no tienen nada en contra del olor a pescado rancio. Pueden sentirse ofendidos, quizá, por el olor a ambientador de limón salvaje, a perfume caro y a batido de plátano. En cambio, te seguirán a donde quieras si les ofreces

un trozo de merluza bien podrido al sol. Sencillamente es así.

De modo que ya lo sabéis. Si alguna noche os topáis con una larga procesión de gatos que se desliza silenciosamente tras los pasos de una sombra de dos metros con sombrero, significa que, una vez más, Mr. Muffin está regresando a casa.

Y, si me seguís por este atajo, podéis llegar al comienzo de la historia antes que él.



Mr. Muffin lo ha probado todo para librarse del mal olor que le persigue, desde bañarse con agua hirviendo hasta sumergir la cabeza en un cubo de perfume. Sin embargo, el pobre parece atraer la porquería como un aspirador humano, así que lleva una vida solitaria llena de jabón y aburrimiento. O al menos así es hasta que un buen día se presenta en su puerta Emma, una niña misteriosa que asegura ser su sobrina y que pretende ayudarle a librarse de su apuesto aroma... y de su miedo a vivir la vida.

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1525220

ISBN 978-84-698-3601-9



9 788469 836019